



Cuentos con valores De escuelas & maestros

‘Los vigilantes entran en acción’

Presentar soluciones que mejoren la convivencia es una buena herramienta para luchar contra el acoso escolar. ‘Los vigilantes’ nos muestran cómo lo hicieron, gracias al respeto, la solidaridad y el compañerismo

■ Comenzó como algo aislado. No le dimos importancia en un principio, todos sabemos cómo puede llegar a ser el patio de un colegio y las relaciones entre compañeros, y más si llega una persona nueva. Supongo que las cosas se ven diferentes cuando tienes un pie en la universidad y empiezas a valorar la compañía de las personas que han estado en el aula toda la vida contigo y te entristece ver que alumnos más jóvenes no valoran ese tipo de cosas.

Nos enorgullecíamos siempre de lo bien que nos llevábamos, salíamos juntos, íbamos al cine, reíamos y eso nos hacía sentir que nunca dejaríamos de ser amigos. Este compañerismo no se veía en ninguna otra clase, es más, observábamos actitudes de desprecio entre compañeros, aislamiento y acoso escolar.

Al comienzo del último año llegó a nuestros oídos que un chico nuevo de 1º de Bachillerato, Enrique, estaba poniendo motes desagradables a varios compañeros. Como ya he dicho, no le dimos importancia, pero la cosa fue a peor. Su actitud de gracioso pasó a los insultos y fue entonces cuando decidimos hacer algo. Me reuní con toda la clase para exponer el problema:

–Chicos, es nuestro último año aquí. Cada uno seguirá con su vida y nos será más difícil reunirnos tan a menudo como hasta ahora –dije sin poder evitar entristecerme un poco.

–¿Te vas a poner sentimental ahora? –gritó mi amigo Fran, desde el fondo de la clase. –¡No te pongas a llorar, hombre!

Una carcajada general siguió a su último comentario. Sin poder evitar la risa, continué con lo que tenía en mente:

–He estado observando lo que ocurre en el colegio. No hay compañerismo y existen situaciones que están derivando en acoso escolar. ¿Por qué no hacemos algo? Siempre nos hemos llevado bien y creo que sería el mejor legado que podemos dejar aquí cuando nos hayamos ido. No sé vosotros, pero yo no estoy dispuesto a dejar pasar que haya alumnos que lo pasen mal.

A todos les gustó la idea. Así, que nos pusimos manos a la obra.

Creamos ‘Los vigilantes’, un grupo para ayudar a mejorar la convivencia en el colegio, un referente al que pudiera acudir cualquiera en busca de apoyo y consejo. Ser los mayores nos otorgaba cierta autoridad, además de que predicábamos con el ejemplo.

Hablamos con las víctimas de los abusos de Enrique, haciéndoles saber que podían contar con nosotros. Uno de ellos, Germán, al

que Enrique llamaba gordito, acudió a nosotros:

–Odio a Enrique –decía–. No soporto que me llame gordito, me hace sentirme fatal conmigo mismo. No quiero venir a clase sabiendo que voy a encontrarme con él.

–Germán, no debes dejar que te afecte –le dije–. Te llama así porque sabe que te molesta. Dile que no te agrada, intenta hablar con él y si sigue molestándote utilizaremos otra estrategia.

Germán volvió de nuevo. Hablar con su acosador no sirvió de nada. Convocamos a todo el colegio en el salón de actos para hacer un pequeño experimento: puse una foto en el proyector.

–El año pasado –dije–, todos los de mi clase nos fuimos a Barcelona a pasar un fin de semana en la playa, que ninguno olvidaremos.

Pasé a la siguiente fotografía en la que aparecían todos tirados por la nieve y observé como los alumnos comenzaban a sonreír:

–Aquí estamos en Cerler, el invierno pasado. Creímos que cogernos de la mano para bajar una de las pistas era buena idea. Está claro que no lo fue –las carcajadas fueron estrepitosas.

Seguí mostrando fotografías de todos los viajes de la clase. Mis compañeros empezaron a contar anécdotas divertidas de cada aventura y, al momento, comprendí que toda la sala había captado el mensaje: «Estando todos juntos habíamos pasado los mejores momentos de nuestra vida».

Todos salieron del salón de actos convencidos de querer ser como nuestra clase, un grupo unido que se lo pasaba genial.

Pronto empezó a notarse el buen ambiente en el colegio, todos hablaban con todos y no había desprecios por parte de nadie; pero, cuando más orgulloso me sentí fue cuando vi a Enrique, con la mano encima del hombro de Germán, riendo... como locos.



VÍCTOR JUAN. DIRECTOR DEL MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN

■ Pronto se cumplirán veinte años desde que hablé con José Manuel Ontañón (Madrid, 1923) por primera vez. Yo quería reeditar ‘Mi diario’, un libro de su madre, la maestra oscense María Sánchez Arbós, del que solo se hicieron cien ejemplares en México en 1961. Desde entonces, he disfrutado de su lúcida conversación durante centenares de horas, de sus visitas a Huesca y a Zaragoza, de mis viajes a Tenerife y a Madrid. Además, José Manuel nos regaló ‘La última rosa del verano’, la conmovedora melodía que acompañó los juegos de Katia y Sol, las hijas de Ramón Acín y Concha Monrás. Todos los veranos José Manuel pasaba unos días en Huesca, junto a sus abuelos paternos. Muchas tardes iba a jugar con Katia y Sol. En aquella casa todo era mágico: el piano de Conchita, el teatrillo de cartón en el que Acín inventaba historias para los niños... y, sobre todo, Ontañón recordaba una cajita de música en la que, al abrirla, se reproducía ‘La última rosa del verano’. Un grupo de amigos decidimos hacer una copia de la caja y el proyecto resultó un cuento fascinante: localizamos en París a un fabricante de cajas de música que hizo el mecanismo musical, el arquitecto Basilio Tobías diseñó la caja que Óscar Sánchez fabricó con madera de roble y María José Menal preparó cuarenta pajaritas de hojalata que viven ahora en el interior de nuestras veinte cajas.

Una donación al Museo Pedagógico de Aragón

Hace unas semanas viajé a Madrid para recoger dos estanterías hechas por José Manuel Ontañón en el taller de carpintería de la Institución Libre de Enseñanza. Además, me tenía preparada una sorpresa: también quería donar al Museo Pedagógico de Aragón sus sesenta y dos cuadernos escolares del tiempo de la II República. He leído varias veces el cuaderno de redacción en el que cuenta los largos paseos que hacía los domingos con su padre, sus visitas al Grupo Escolar Francisco Giner, dirigido por su madre, para bañarse en la piscina o para asistir a la proyección de películas, sus juegos con la linterna mágica... También recuerda el día que conoció al presidente de la República durante la inauguración del Grupo Escolar Francisco Giner. En otra redacción describía su clase de la Institución, la misma clase que está inmortalizada en la fotografía que acompaña estas líneas. José Manuel es primero por la izquierda. «Dentro de la clase –escribía el niño Ontañón– lo que más lugar ocupa son las mesas, todas bipersonales, colocadas en dos filas. Al fondo hay un relieve que representa a unos niños jugando al corro». Gracias a la generosidad de José Manuel Ontañón, tanto las estanterías como estos cuadernos, y los centenares de historias que guardan, están ya a disposición de todos.

FUNDACIÓN PIQUER www.fundacionpiquer.es

Por qué leer...

‘EL ÚNICO E INCOMPARABLE IVÁN’ DE KATHERINE APPLEGATE

PEPE TRIVEZ

■ «Me llamo Iván. Soy un gorila. No es tan sencillo como parece». Así de contundente comienza este relato a medio camino entre la fábula y los clásicos, que habla de lo esencial así como sin darnos cuenta.

Katherine Applegate es una célebre autora norteamericana muy conocida por sus sagas de literatura juvenil y por su obra de

ciencia ficción ‘Animorphs’. Con ‘El único e incomparable Iván’ dio un salto al hacer de una historia real una metáfora del dolor, la soledad, la amistad y la esperanza. El Iván real vivió solo en una jaula diminuta de un centro comercial durante 27 años. Es famoso por sus pinturas que con frecuencia van firmadas con la huella de su pulgar. La historia es tan sugerente que la compañía Disney ha puesto sus ojos en ella y ha anunciado versión cinematográfica que ya ha empezado a tomar forma.



La historia del gorila del centro comercial es uno de nuestros imprescindibles...

• Porque como reza la cita que encabeza la novela: «**Nunca es demasiado tarde** para convertirnos en los que hubiéramos podido ser» (G.

Eliot). Porque la soledad siempre se agrieta con el cariño. Porque un perro callejero, una elefanta inválida y una niña sensible pueden sacarte ‘literalmente’ de tus dominios.

• Porque la voz del gorila Iván es sencilla y directa. Porque **habla con colores**. Pinta porque le hace sentir tranquilo, pinta para intentar imaginar mundos que aún no existen. Porque las palabras de Iván son las justas: «Los humanos derrochan palabras. Las lanzan como cáscaras de plátano y las dejan ahí para que se pudran...».

• Porque **el dolor, la paciencia**, el instinto de protección, el llanto y el consuelo **forman parte de nuestras vidas** y, aunque «con tiempo suficiente uno se acostumbra prácticamente a todo», la esperanza es una puerta y afuera... cielo, hierba árbol, hormiga, palito, pájaro, tierra, nube, viento, flor, piedra, lluvia... y todo tuyo.

ESCOLAR es un suplemento didáctico editado por HERALDO DE ARAGÓN con la colaboración de la Fundación Telefónica. Coordina: Lucía Serrano Pellejero.

